El alma en el combate

Eres el tigre, bravo y fiero. Te lanzas al combate con rabia, sin dudar un segundo. Arremetes contra tu enemigo con las garras extendidas. Saltas sobre él y desgarras su cuerpo. Golpeas con contundencia y le rompes los huesos. Eres fuerte, tigre, eres directo. Tu arrojo es tu fortaleza. Nada te detiene.

Eres la grulla, elegante y flexible. Te mantienes a distancia. No te hace falta acercarte pues con tus brazos, poderosos como alas, lo alcanzas todo. Te mantienes en equilibrio sobre una pierna y giras sobre ella como un torbellino. Nunca pierdes el equilibrio, grulla, y sabes que tus enemigos sí lo hacen. A ti nadie te alcanza

Eres el dragón, tranquilo y paciente. Estudias a tu enemigo y te anticipas a sus acciones. Tus movimientos, suaves y ondulantes, lo envuelven. Nunca sabe dónde estás y aprovechas la sorpresa. Tu golpe impacta siempre donde menos lo espera. Donde sabes que te dará la victoria. La sabiduría es tu guía, dragón. Sabes donde golpear.

Eres la serpiente, rápida y sinuosa. Te revuelves y buscas los puntos vitales de tu oponente. Tus golpes son veloces y precisos. Avanzas, retrocedes y giras antes de que tu enemigo pueda reaccionar. Te revuelves con rapidez para evitar sus golpes. No pueden evitar los tuyos, serpiente. Directos a la garganta.

Eres el leopardo, ágil, flexible y fuerte. Saltas y aplastas combinando tu fuerza y tu agilidad. Acorralas a tu enemigo y no dejas que se aleje de ti. Cuanto más cerca esté es más débil. Pero no puedes ser el leopardo, porque este kung fu milenario hace mucho que se ha perdido. ¿O sí puedes?

Eres un wuxia.

Un wuxia no elige su kung fu. Elige quién es. Quién quiere ser. Su forma de ver el mundo.

Su alma.